

En la tradición titulada "¡Qué escapada!", se conjugan las tendencias evocadoras de una realidad y la construcción novelesca. Se habla de un reo en capilla, que consigue salvarse gracias a su energía y astucia. Hay una dramática persecución por el río, una lancha salvadora. Pero he aquí que Obligado busca los contrastes. Y su historia termina con el triste fin del pobre tamborcito de Pavón, que no pudo salvarse de la muerte violenta. El destino fue implacable en los albores de su vida. El único de los tres sentenciados de esta tradición que, sin estar en capilla, no conoció la urgente gracia de la salvación.

La obra editada por Hachette nos presenta el destino de un escritor que sintiera la fascinadora atracción estética de las épocas remotas.—V. M.



"POEMA DEL VERANO", de *Juan de Luigi*. Santiago de Chile

Inadvertido de las crónicas literarias vio, no ha mucho, la luz el hermoso *Poema del Verano* del crítico, polemista y hurgador incansable del humanismo, Juan de Luigi. Pocas veces se tiene la oportunidad de conocer un mensaje de verdad y poesía que obedezca a los impulsos más acendrados del espíritu y la sangre. Y pocas veces, también, hemos tenido el verbo más pleno de angustiado añorar, pero intenso de madurez. Juan de Luigi atestigua con esta obra no ser sólo el insatisfecho hurgador del tiempo ido, sino que también nos confirma su latinidad sagrada, el regusto en la memoria de las frutas en sazón. Pues su poesía nace de una inmersión en el paisaje cálido de su tierra amada, en el secreto impulso de volver a los orígenes de su sangre. Sin embargo, la imposibilidad de huir del presente, de volver a la virginidad, a la pureza de la juventud, constituye uno de los temas esenciales de este poema candente e inesperado. En el comienzo la pregunta clave de su cantar:

*¿De dónde vienes juventud a esta pieza de sórdidas  
maldades?*

*entre las máquinas que inventó la codicia y los  
papeles manchados por la maldad  
oye el jadeo de las prensas que muelen algo de lo  
que fue ayer nuestra vida...*

se convierte en rasgo autobiográfico nítido; los años de periodista en la barricada de la noticia y de los intereses y las mentiras de la política transfiguran sus rostros (“lo que fue nuestra sangre... ahora es algo miserable y sucio”).

Poema de inmersiones hemos dicho, de inmersiones en el amor, en un rasgo de rebeldía final, de escepticismo, de cansancio. Aunque clama por su juventud, por esa juventud apasionada del poeta-crítico, rechaza sus remembranzas:

*Partiste un día juventud y ya no volverás  
tampoco yo volveré a los cipreses del Tirreno  
ni a Santa Croce de las cuatro torres...*

Queda, a modo de prólogo, el *leit motiv*:

*Vete de esta pieza de sórdidas maldades  
vete juventud muerta.*

Ahora se inicia el *Poema del Verano*. Asistimos a veinticuatro cantos de sabor clásico. Veinticuatro cantos donde la naturaleza remadura sus semillas, donde el eterno y *el cantar sabroso* junto a las mieses van dando las notas del tiempo frutal, de las horas, del acontecer mínimo, del latido del universo, de la inmensidad de la noche. Zumos grecolatinos, transparencias renacentistas, estampas de gracia y soledad, vaya a saber uno por qué este *Poema del Verano* nos trae también reminiscencias provenzales. Adoptar ante este manojito el tono crítico, la sagacidad bibliotecaria, la perspicacia bibliográfica, nos

parece torpe. La belleza que mana de este poema ilumina sombras, decapita nociones, prejuicios que podrían haberse tenido sobre la personalidad tan rica de Juan de Luigi. A las cigarras del verano en los versos libres de poeta:

*Cantan las cigarras a la sombra de los álamos  
a la vera del camino polvoriento  
en las ramas junto a las flores del muérdago rojo...*

.....  
*cantan las cigarras y recuerdan la krobyla  
hijas de la tierra acompañantes de la aurora...*

Visión de cuadro italiano, de paisaje en perspectiva clásica en tono eglógico, con dominio del claroscuro:

*Pasan los sonos de las campanas sobre los trigales  
en fuga  
entre los árboles que murmuran con rumor de aguas  
sobre las aguas del crepúsculo  
y se estrellan sobre las faldas de las montañas  
¿Quién encendió la antorcha del lucero  
mientras dura el incendio del poniente  
y los vilanos van por el camino?*

Y la nota justa de las campanas (en este momento nos recordamos de Respighi) ilumina las sombras:

*Las campanas llevan el crepúsculo a los cuatro puntos  
cardinales... ..*

mientras:

*La luna roja se asoma al balcón de las montañas rojas  
como un espejo etrusco de asa rota...*

La noche sobre el mundo, sobre el tiempo, plantea reflexiones hondas al poeta, reflexiones en torno al acontecer, a la huida de los astros al recorrer el curso de la Imposibilidad, como la llama el poeta. La imposibilidad de lo inasible, del instante que huye. A la venida de la noche vienen iluminaciones mediterráneas:

*Ante mí flamean en el Egeo las islas lejanas  
como antorchas encendidas en la cima de las montañas  
cuando surge de Chipre entre anémonas el amanecer jacintino  
la Vía Láctea sin duda ha de llevarme hacia el alba.*

El alba, es decir, el amor. Cruza en este instante la Ausente (“bajo la lluvia de enero en la noche”) y las transfiguraciones inician su viaje hacia la belleza en decurso platónico-renacentista:

*He aquí que todo está vivo y huyen los  
sueños  
en las galeras de oro con las islas y  
los continentes del cielo.  
Mi cuerpo es ligero y puro como la copa  
de un pino, Lais.*

El poema alcanza ahora una intensidad lírica febril, como canción de insistencias insalvables, íntimas:

*Duermes Lais y tu cabellera está llena de rocío  
como las hebras de la yerba verde junto al agua  
duerme Lais y yo parto hacia las aguas  
subo al esquife y lo empujo hacia la otra orilla  
sueña Lais tu sueño es color narciso como la luna.*

La idea de la muerte entrecrúzase (“Yo que dentro de un instante habré muerto — canto las hojas que apoyan — el sol”). ¡Imá-

genes de moderna factura avizoran el Destino, lo irremediable, el futuro que prefigura el presente:

*Frente a qué otra casa bajo qué otros álamos  
volverán a encontrarse  
espera que alguien salga de los fustes y avance por  
el sendero...*

.....  
*qué mensajero del destino portador de un nuevo destino...  
se deslizará entre los fustes  
atravesará la ruta  
saltará las acequias  
marcará sus pasos en el lodo  
se detendrá y llamará a la puerta  
pero el destino pasa sin detenerse  
frente a la casa bajo los álamos...*

.....  
.....  
.....  
*Y siempre la casa duerme bajo los álamos  
junto a la ruta arqueada entre los dos recodos  
que se reúnen —frente a qué otra casa  
bajo qué otros álamos—  
luego de atravesar toda la vida.*

Dominio del idioma, perennidad de la imagen griega, un frescor de mar latino con sus velas al fondo; profundidad prefilosófica, gestación de lo presente, obsesiones del pasado, deslumbramiento en el doble plano de la conciencia y en el sueño y mucho más sugiere el *Poema del Verano* de Juan de Luigi. Un canto a la vida por la posesión de la muerte, por la posesión del pasado que se transmuta en su canto de amor en un verano de jocosidad y meditaciones. El verano del poeta hace el recuento de sus años de joven y persiste en

su sed de perdurabilidad imposible. El poema termina en soledad, en íntimo estar. El fruto del verano ha llegado a su punto:

*Heme sentado junto a los álamos verdes que mañana serán  
[amarillos  
frente a los plátanos verdes que mañana serán purpúreos  
en las mañanas de junio en el oro filtrado del sol...*

Fechado en los años 1921-1926, no hay duda que el extenso poema ha sufrido retoques de cultura, afligranamientos de erudición. Pese a esta certeza, esta obra plantea, a la luz de una técnica poética acorde con el tiempo presente, curiosos dilemas. Se ha distinguido Juan de Luigi en una defensa y en una fundamentación crítica de lo que en nuestro tiempo se ha llamado Realismo. Pues bien, ese Realismo, que ciertos sectores piden para la poesía, para el arte literario, encuentra su mejor mentís en estas páginas de fervor lírico, de verdad. Sólo una técnica que sepa retrotraer el tiempo, el modo clásico, la alusión grecolatina sin el lastre lógico, es capaz de darnos la secuencia íntima, el mundo soterrado del poeta. Un Realismo de crónica, sin los aditamentos psicológicos, sin esas inmersiones en la memoria, frustra toda auténtica poesía lírica. La técnica del *Poema del Verano* transcurre en dobles planos, coexisten en su seno verdades antagónicas, nociones que se rechazan, pero que en su totalidad logran un todo. El Realismo de almanaque que otros preconizan, ese realismo que esteriliza la imaginación, la sensibilidad, no encuentra en el poema de Juan de Luigi una confirmación. Y felizmente. Pues, cuánto debe esta poesía a las adquisiciones proustianas, al fluir de la conciencia, a las iluminaciones surrealistas. Y cuánto debe también a la formación clásica del gusto, a la gracia bucólica. Y cuánto debe a las miserias ultramodernas del periodismo rojo, por contraste. Sublimaciones, superación de las circunstancias, el *Poema del Verano* atestigua no sólo la existencia de un lírico escondido que ahora ve la

luz, sino que también ilumina zonas de la personalidad apasionada de Juan de Luigi. Clasicismo y modernidad se dan la mano para bien de su espíritu siempre ávido de belleza y verdad.—L. D. A.



“SENECIO”, de *Matilde Puig*. Santiago de Chile

No es pródiga en su contacto con el público la escritora Matilde Puig, aunque su obra se va construyendo con seguro pulso, con avizora penetración. El mundo que nace de su pluma carece de las referencias inmediatas de un localismo contumaz; más bien se funda en situaciones imprevistas, en auscultaciones de zonas vedadas, en incursiones por un humor diferente en nuestra literatura. En *Senecio*, su único libro, nos ponemos en contacto con un mundo cuyos mecanismos la escritora mueve desde la sombra, creando lo imposible, definiendo el “Contacto con la angustia”, uno de sus primeros capítulos en la obra que ahora comentamos. Sus personajes se mueven en un universo extraño, como dominados por un destino morboso, entre una penumbra consciente y un desconcierto kafkiano. Universo por donde los objetos adquieren una nitidez, una precisión macroscópica y en cuya geografía los seres mueven sus organismos como descubriendo el contorno por vez primera. Por las páginas de su obra corre también un humor de factura distorsionada, un humor implacable, guignolesco.

Matilde Puig escribe con recursos precisos, con un lenguaje eficaz; describe las situaciones con un conocimiento acabado de las posibilidades en que hace actuar a sus personajes. Desde las primeras palabras de su obra nos encontramos con una escritora que busca crear sorpresas, pues sabe esconder los resortes de su juego, el mecanismo de sus acciones. Vale la pena citar sus palabras iniciales: “Aquel hombre se había cogido el alma en la juntura de una puerta. Sucedió al tratar de abrirla para asomarse a un panorama al que daba acceso, y que aunque no conocía, lo atraía con insistencia”.